

víctimas del calor, del hambre y de las enfermedades <sup>(1)</sup>.

En esta malhadada expedición murió el que mas parte en ella habia tenido, el famoso general Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli, el héroe de Pavía, gobernador de Milan despues de la muerte del duque Francisco Sforza, y cuyas hazañas le hicieron digno de ser colocado entre los mas insignes capitanes de su siglo <sup>(2)</sup>. Esta muerte, que sintió amargamente el emperador, fué una de las causas que le decidieron mas á acelerar su retirada (octubre, 1536). Tambien pereció en esta desastrosa campaña el esclarecido poeta Garcilaso de la Vega en el acto de asaltar la torre de Muey á la salida de Provenza, bien que los imperiales se vengáran cumplidamente de sus matadores, no dejando uno solo con vida <sup>(3)</sup>.

Tambien el monarca y el pueblo francés tuvieron que lamentar durante esta campaña la pérdida del delfín, príncipe muy querido por sus prendas, que murió, como Felipe I. de España, de haber bebido immoderadamente agua despues de un ejercicio muy violento. La maledicencia supuso haber sido envene-

(1) Du Bellay, Memoir., p. 316. — Sandoval, Hist., lib. XXIII,

(2) Leiva murió de enfermedad, no en acción de guerra. Hacia largo tiempo que la gota le inutilizaba con frecuencia piernas y brazos, y muchas veces se habia hecho conducir á las batallas en andas ó en silla de manos. Fué uno de los hombres mas ricos de

su época, y dejó á su hija cerca de 200,000 ducados, «que fué, dice Sandoval, el primer gran dote sin mayorazgo de aquellos tiempos en España.»

(3) El poeta toledano recibió una pedrada en la cabeza; de la cual no murió en el acto, sino en Niza, donde le llevaron á curar.

nado, y de esta suposición fué víctima el noble italiano conde de Montecuculli, sumiller de la casa del delfín, á quien inhumanamente dieron tormento y despedazaron. Con malicia harto refinada se hicieron tambien recaer sospechas sobre los generales del emperador. Mas sobre no haberse podido aducir prueba de ninguna especie, ni el emperador ni sus generales habian usado jamás de tan abominables artificios, ni tenian el menor interés en la muerte del delfín, puesto que quedaban al rey de Francia otros dos hijos en edad de sucederle; y en el caso de haberse verificado el envenenamiento, con mas verosimilitud se hubiera podido inculpar, como apuntan los historiadores, á la ambiciosa y altiva Catalina de Médicis, esposa del duque de Orleans su segundo hermano, en quien recaía la sucesión al trono.

De las otras dos invasiones, la de los alemanes por Champaña no se habia realizado. La de los flamencos por Picardía al mando del conde de Nassau fué tan adelante, que puso en alarma á la nobleza y al pueblo de París. Nobles y pueblo acudieron en masa á atajar los progresos de los de Flandes, y obligaron al de Nassau á levantar el sitio que tenia puesto á Peronne, y á pronunciarse en retirada á los Países Bajos, casi al mismo tiempo que el emperador retrocedía á Italia por el mismo camino que habia llevado hacia algunos años el marqués de Pescara de regreso de otra expedición tan poco venturosa como

esta. Dejó Carlos un tercio de infantería española en Niza, encomendó el gobierno de Lombardía al marqués del Vasto, pasó á Génova, donde se detuvo por falta de salud algunos días, y de allí dió la vuelta á Barcelona (noviembre, 1536), entrando en España con los laureles de Tunez un poco marchitos, por su temerario empeño en habernos paseado por Francia (1).

Había deseado siempre el papa Paulo III, ser medianero de paz entre Carlos y Francisco, y ahora mediaron proposiciones, tratos y contestaciones encaminadas á este fin entre el pontífice y el emperador. Mas como el gefe de la Iglesia no pudiese lograr que modificara Carlos algunas de las condiciones que exigia, y que le parecian inadmisibles por el monarca francés, no pudo Su Santidad llevar á feliz término esta buena obra, por mas que para obligar al monarca español le decia que él estaba determinado á unirse á aquel que mas en lo razonable se pusiese. Pero lejos de ponerse ni el uno ni el otro en lo razonable, cada uno de los dos soberanos parecia andar discurriendo la manera de eternizar sus odios y sus guerras. El parlamento de París, con asistencia del rey Francisco y de los príncipes de la real familia, acusó muy formalmente á Carlos de Austria de haber faltado al vasallage que por la posesion de los condados de Flan-

(1) Paulo Jovio, *Hist.* lib. XXIII.—Robertson, *Hist.* de bro XXXV.—Du Bellay, *Memoires.* Carlos V., lib. VI.—Vera y Zúñiga, —Sandoval, *Hist.* de Carlos V, Vida de Carlos V.

des y de Artois debía á la corona de Francia, y por consecuencia, de haber obrado como súbdito rebelde: se le mandó comparecer ante el parlamento como ante el juez competente, y como Carlos no compareciese ni por sí ni por apoderado, se procedió á la vana y ridícula demostracion de condenarle en rebeldía (1537), de declarar confiscados sus feudos de Flandes y Artois, y de publicar la sentencia á son de trompetas (1).

En su virtud, y como en cumplimiento y ejecucion de la sentencia, y para tomar posesion de los dominios que por ella se adjudicaban á la corona de Francia, marchó el monarca francés con ejército á la frontera de Flandes, donde se movió una guerra formal, á la cual asistieron personalmente el rey, el duque de Orleans, ya delfin por la muerte de su hermano, y el mariscal de Montmorency, nombrado condestable por sus servicios en la anterior campaña. Ya aquella guerra llevaba destruidas algunas provincias de ambos estados, cuando por fortuna interpusieron sus buenos oficios en favor de la paz dos reinas hermanas, la de Francia y la de Hungría, hermanas ambas del emperador, y consiguieron que por lo menos se firmára una tregua de diez meses (31 de julio, 1537), si bien limitada solo á los Países Bajos.

Porque al mismo tiempo seguia ardiendo otra

(1) Coleccion de documentos de órden del rey.—Cartas y memorias de Estado, por Ribier, tom. II.

guerra en el Piamonte entre los ejércitos de Cárlos y de Francisco; que en todos los campos medían sus fuerzas, agotándose estas primero que sus rencores. También aquí intervinieron las dos reinas, no queriendo dejar incompleta su obra; é instando la una á su hermano Cárlos, la otra á su esposo Francisco, y ambas á los dos soberanos, ayudadas también del romano pontífice, siempre neutral, y siempre deseoso de templar las iras de los dos rivales, redujéronlos al fin á concertar una tregua de tres meses en el Piamonte (1538), quedándose cada uno de los dos monarcas con las plazas y territorios que á la sazón poseía, hasta que sus respectivos plenipotenciarios arreglasen un convenio definitivo, para el cual por cierto se suscitaron cuestiones que los obligaron á prolongar la tregua hasta el año siguiente (1).

(1) Fueron los comisionados para tratar de este concierto, por parte del emperador el señor de Granvela y el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor, y por parte del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency.

Hizo el marqués del Vasto en esta ocasión una acción muy propia de su noble y elevado carácter, y el rey Francisco le correspondió con otra muy propia de su genio galante y caballeresco. Luego que se acordó el armisticio, el marqués quiso hacer una visita al rey de Francia, que se hallaba alojado cerca de Carmagnola, y al mismo tiempo mostrarle cuán lucida gente servía bajo sus órdenes al em-

perador. Dirigióse, pues, á la tienda del rey Francisco, acompañado de un brillante cortejo de caballeros españoles, todos vestidos de gran gala y con muchas cadenas y collares de oro. El rey-caballero, al acercarse el marqués, mandó hacer una salva á toda su artillería, colocó al caudillo imperial entre él y el delfín su hijo: los capitanes españoles fueron igualmente honrados por los franceses; el rey y el marqués departieron largamente sobre la tregua y sobre los límites que se habían de señalar en el Piamonte, y despidiéndose afectuosamente, el del Vasto se volvió á Milan, y el rey Francisco regresó á Francia por los Alpes.—Sandoval, lib. XXIII, núm. 27.

Y no eran solo las guerras de Flandes y del Piamonte las que en este tiempo traían enredados á los poderosos y rivales monarcas. Con sentimiento y estrañeza, y aun con escándalo de la cristiandad, el rey cristianísimo había provocado y ayudado al sultán de Turquía á combatir al rey católico. Ya hemos indicado las inteligencias no muy secretas en que Francisco I. de Francia andaba hacía tiempo con Soliman de Turquía. Pues bien; cuando Barbaroja se vió vencido y arrojado de Tunez por el emperador y ahuyentado de Bona por la armada de Andrés Doria, el infatigable corsario armó todavía en Argel una flota de treinta y cinco galeras y algunas fustas, enarboló en ellas banderas cristianas, y tomando rumbo á las islas Baleares, arribó al puerto de Mahon, cuyos habitantes, creyendo que eran las naves españolas que volvían victoriosas de Tunez, las saludaron con salvas de artillería, echaron al vuelo las campanas en señal de regocijo, y se disponían á abrazar alegremente á su hermanos. Todo aquel entusiasmo se trocó súbitamente en espanto y tristeza, cuando una casualidad les hizo saber que quien tenían delante era el terrible Barbaroja con dos mil quinientos turcos. Corta y escasa la población para resistir á los ataques que muy pronto le comenzó á dar el famoso pirata, y aportillada ya la cerca por su artillería, los desgraciados mahoneses tuvieron que darse á partido: entró Barbaroja en la ciudad, sa-

queóla á su sabor, no dejando ni aun cerrojos en las puertas, hizo mas de ochocientos cautivos, y con esta presa se reembarcó para Constantinopla á presentársela al sultan, y á mostrarle que si habia sido desgraciado en Tunez, aun no le faltaba arrojo para acometer empresas (fines de 1536).

Acogióle con mucha alegría el turco, y aceptó con tanto mas placer los servicios que volvió á ofrecerle Barbaroja, cuanto que en aquella ocasion andaban instando á Soliman á que declarára la guerra al emperador y rey de España. Los que tales instancias le hacian era un desterrado de Nápoles llamado Troylo Pignatelli, y muy especialmente un enviado del rey de Francia nombrado Laforet, el cual hacia tiempo que le aconsejaba de parte de su amo que abandonára la guerra de Persia, pues le seria mas ventajoso hacerla al emperador en Italia por mar, mientras el rey Francisco lo hacia por tierra en Flandes y Lombardía, siendo imposible que de este modo pudiera el emperador resistirles. ¡A tal punto llevaba el francés su despecho, y á tal extremo le arrastraba su encono y su afan de destruir á Carlos! A la provocacion del embajador francés se agregaron las escitaciones de Barbaroja en el propio sentido, y todas juntas decidieron á Soliman á enviar todas sus navés y todos sus guerreros contra el emperador. En su consecuencia una inmensa armada turca, de cerca de cuatrocientas velas, con doscientos mil hombres y muchos cente-

narés de cañones de todos calibres, se encaminó, parte amagando primeramente á Hungría, parte derechamente á las costas de Italia con Barbaroja y Pignatelli (1537).

Felizmente para Italia y para la cristiandad entera, el éxito de tan formidable aparato bélico estuvo lejos de corresponder á las esperanzas que habian hecho concebir al gran turco sus instigadores. Porque ni el rey Francisco pudo ejecutar por su parte lo que habia prometido en el Piamonte y el Milanesado, ni los de la Pulla y Calabria se movieron en contra del emperador á la aproximacion de los turcos, segun al sultan se lo habia asegurado. Y por otra parte, el virey de Nápoles proveyó bien los castillos de aquel reino, el pontífice mismo levantó un ejército y una flota en defensa de sus dominios y de la causa cristiana, y el ilustre marino genovés Andrea Doria acudió presuroso con sus galeras, y ayudado de las navés pontificias y venecianas, con su acostumbrada inteligencia y arrojo combatió y destruyó unas galeras turcas é intimidó y ahuyentó otra vez al mismo Barbaroja; de modo que tanto el terrible corsario como el poderoso sultan creyeron mas conveniente emplear la armada turca contra Venecia, que seguir luchando contra el emperador. Asi fué como la desgraciada Italia se preservó, despues de tantas calamidades como ya habia sufrido, de ser presa del furor mahometano; y de haberlo sido Italia, no sabemos en qué trance

hubiera puesto á todas las naciones cristianas la ambicion, el encono y la ceguedad indisculpable del monarca francés.

Como en este tiempo anduvieran las dos reinas de Francia y de Hungría negociando la tregua de que hemos hecho mérito, moviéronse los dos reyes á aceptarla; Cárlos, porque no queria esponer sus estados de Italia á nuevos riesgos si el turco y el francés continuaban confederados, ya que una vez los habia salvado un concurso de felices casualidades; y Francisco, porque temia disgustar á sus mismos vasallos, si se obstinaba en seguir aliado de los infieles, y aumentando su poder contra los deberes, y contra el decoro y dignidad de un rey cristianísimo. El pontífice mostró el mayor interés é hizo los mayores esfuerzos por reconciliar á los dos competidores, ya por la conveniencia de que entrara el monarca francés en la confederacion que tenia ya hecha con el emperador y Venecia á intento de quebrantar el poder formidable del turco, ya para ver de atajar los progresos de la reforma luterana que iba contaminando casi todas las naciones. Mezclábase tambien algo de interés mundano, que era el engrandecimiento de su casa por medio de los ventajosos enlaces que de aquella paz se prometia para sus dos nietos, Octavio y Victoria Farnesio.

Quiso ademas el papa que se viesen ambos soberanos en Niza, ciudad del duque de Saboya, donde él se les reuniría tambien, para tratar definitivamente

de la paz. Acudieron todos tres al punto de reunion, mas nunca se vieron los tres juntos. Aposentados el pontífice en Niza, el emperador en Villafranca, y el rey de Francia en Villanova, Cárlos y Francisco iban alternativamente á visitar al papa y á conferenciar con él, mas cuidando de no encontrarse, por consideraciones, respetos y etiquetas que se quisieron guardar. Logró no obstante el pontífice hacerlos convenir en una tregua de diez años, la cual firmaron (18 de junio, 1538), por parte del emperador el marqués de Aguilar, el secretario don Francisco de los Cobos, y el señor de Granvela, y por la del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency. En celebridad de estas paces se hicieron grandes regocijos, fiestas y procesiones solemnes en los dos reinos de Francia y España (1).

Pasados algunos dias, al regresar ya á España el emperador recibió una invitacion de Francisco, en que le rogaba se viese con él en el puerto de Aguas-Muertas donde holgaria mucho de recibirle. Accedió Cárlos á ello y se dirigió al punto indicado. Tan pronto como Francisco divisó la galera imperial, despachó al condestable á decir al emperador que pronto tendria el placer de visitarle en su misma nave. Y en efecto, aunque Cárlos le envió sus ministros suplicándole se

(1) Dumont, Corp. Diplom. II. ne dell' Abbocamento di Niza.—  
—Rimer, Fæder.—Coleccion de Sandoval, Hist. lib. XXIV. núm. 2.  
Tratados, t. II.—Tiepollo, Relazio-

ahorrarse aquella molestia, estos encontraron ya al monarca francés que acompañado de algunos personajes iba en una barca, y sin querer detenerse arribó á la galera, á la cual le ayudó á subir el emperador con su mano (15 de julio, 1538). Abrazáronse al parecer con la mayor cordialidad al cabo de veinte años de sangrientas y casi continuas guerras, aquellos dos soberanos á quienes poco tiempo hacia se miraba como enemigos implacables. Departieron amistosamente cerca de dos horas, y al despedirse el rey manifestó al emperador la gran satisfacción que tendria en que quisiese ir á tierra, y la que recibirian tambien la reina su hermana y los príncipes y princesas. Carlos, despues de haber vacilado un poco, creyó que no debía ceder á su antiguo rival en generosidad y confianza, y determinó ir á la poblacion con algunos de su corte. Las demostraciones de placer y de amistad de que allí fué objeto el emperador por parte del rey, de la reina, del delfin, de las princesas y personajes franceses, esceden á todo encarecimiento, y debieron sin duda maravillar á los mismos monarcas que tan sin piedad hasta entonces se habian tratado, y tantas injurias y agravios se habian hecho mutuamente. Pero es lo cierto, por mas extraño que parezca que así tan de repente pasáran del extremo de la enemistad y el aborrecimiento al de la mas afectuosa amistad y de la mas ilimitada y caballerosa confianza, que en los dias que duró la entrevista de Aguas-Muertas no hubo de una

y otra parte sino muestras del mas entrañable y cordial cariño, continuando hasta el momento de despedirse para volver Carlos á su galera y venirse á España <sup>(1)</sup>.

(1) Ribier, Lettres et Memoires d'Etat.—Relation de l'entrevue de Charles V. et de Francois I.—Sandoval, lib XXIV, núm. 2.

Tenemos á la vista una estensa carta del emperador al marqués de Aguilar (copiada por nosotros del archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. núm. 867), en que le refiere minuciosamente todo lo que pasó en la célebre entrevista de Aguas-Muertas. Daremos á conocer algunos de sus párrafos mas curiosos, siquiera por el gusto de oír la narracion como de boca del emperador mismo.

«Despues que á los cuatro del presente nos embarcamos en Génova como visteis, habemos siempre estado en mar navegando la mayor parte del tiempo con vientos contrarios, y algunas veces tan recios, que era imposible pasar adelante de manera, que haciendo lo último de diligencia y esfuerzo, llegamos el domingo pasado que se contaron quince de este, al Puerto de Aguas-Muertas, por donde habemos hecho nuestro viage por causa de vernos con el cristianísimo rey de Francia nuestro hermano. . . . .

«No fué sin dificultad y peligro nuestra llegada al dicho puerto de Aguas-Muertas, porque como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las pomegas de Marsella el sábado á la tarde trece del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de las galeras no se viendo las unas á las otras, se hubieron de

dividir, y las galeras en que Nos veniamos, por el poco fondo que hay en aquellas marinas, encalló y quedó en tierra, y en el mismo instante la investió por la popa otra que la seguía sin podello escusar: pero en fin, con ayuda de Nuestro Señor, todo sucedió bien, y llegamos al dicho puerto el domingo siguiente despues de medio dia, y luego vino á visitarnos el condestable de Francia, que era venido delante y estaba ya allí dos ó tres dias habia bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del rey con la demostracion y certificacion de buen ánimo y amor á su rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas-Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca con la reina, y el dicho condestable nos dijo que quería y habia de venir á Nos y entrar en nuestra galera confidentemente; y luego enviamos al duque de Alba, comendador mayor de Leon, y señor de Granvela, para visitarle de nuestra parte en la villa, que es lejos del puerto mas de una legua, y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada; pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya á la entrada del puerto, que se viene por un rio, el cual venia en seis barcas muy bien aderezadas y acompañado de príncipes y personas de Estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros,

Tal fué el resultado de la campaña de Francia. De ella salió mucho mas ganancioso Francisco que Carlos. Este, embriagado con sus triunfos de Africa, la

en breves palabras segund se pudo hacer de una barca á otra, pasó sin detenerse, mostrando grandeza de vernos, y no paró hasta llegar á nuestra galera, en la cual entró, y nos rescibimos y comunicamos con demostracion de muy grande amistad, alegría y contentamiento, como á la verdad lo habia en la una y en la otra parte; y despues de haber estado y hablado junto cerca de dos horas, que se pasaron en palabras graciosas y certificadoras de la voluntad de cada uno y de ser y quedar verdaderos amigos, sin hablar ni tratar de otras particularidades, remitiendo la declaracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y que, agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por otra cosa ni haya mudanza en esta nuestra amistad, y con esto se partió el dicho rey de Francia de Nos, mostrando muy gran deseo y que le seria gran satisfaccion que quisiese ir al lugar, pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulces y graciosas palabras, diciendo que la reina mi hermana y las damas me lo rogarian tan eficazmente, que no se sufriria en cortesia ni buena crianza reusarlo; y aunque por entonces no nos resolvimos en ello, despues, habiendo considerado la buena voluntad que el dicho rey habia mostrado, y la confianza que usó con Nos, y el bien que se podría seguir de esta vista y el sentimiento de lo contrario si no correspondiamos á la confianza que hizo el dicho rey; y habiendo respecto á lo que nos envió á pedir y rogar la reina nuestra hermana, nos determina-

mos en ir al lugar el lunes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las diez horas, y llegando á la lengua del agua y fin del canal que se estiende hasta la puerta de Aguas-Muertas, hallamos fuera de la dicha puerta al rey, á la reina, al delfin y duque de Orlens, y todos los principes, grandes, príncesas y damas que siguen la corte del rey, y fuimos recibidos con gran humanidad y con mayor demostracion de amistad que el Rey habia hecho el dia antes, y con muy gran alegría y placer de todos los que allí estaban de la una y de la otra parte; y seria cosa muy larga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cordiales palabras que el dicho rey, la reina nuestra hermana y Nos, habemos pasado privada y familiarmente, que sin duda no podrá ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entrañable y cordial afeccion y buena voluntad del dicho rey, y singular placer y contentamiento de habernos hecho esta confianza de venir á él; y Nos, en todo lo que nos ha sido posible, le habemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y claramente se ha comprendido que sin esta confianza, y vernos y hablarnos como se ha hecho, fuera imposible poder jamás reconciliarnos ni hacer amigos como lo quedamos. . .

«Lo que mas entre el dicho Rey y Nos ha pasado en substancia, es persistir y quedar perpétuamente verdaderos y buenos hermanos, aliados y amigos, y no creer, pro-

acometió con jactancia contra el dictámen de sus generales, y en el escarmiento llevó el premio de la presuncion: aquel acreditó segunda vez que si fuera de su reino solia ser vencido, sabia mantener la integridad de su territorio contra el poder imperial. Pero la gloria que ganó Francisco como defensor de sus esta-

curar ni hacer ninguna cosa donde quiera que sea el uno en perjuicio del otro; procurar la honra y beneficio el uno del otro respetuosamente entre Nos; que los que son amigos y servidores del uno lo sean del otro, y no puedan quedar ni estar de otra manera, y que nos avisaremos confidente, llana y abiertamente de todo lo que subdiere, y con comun consejo y con toda sinceridad entenderemos en el remedio de los negocios públicos de la cristiandad. . . . .

«Asimismo se platicó en términos generales de la parte del dicho Señor Rey de hacer alianza de casamiento entre nosotros, sin venir á ninguna particularidad, y con protestacion que, agora se encaminen y concierten ó no, la dicha nuestra amistad quedará siempre firme y entera, y habemos bien entendido que el dicho Rey y sus ministros han dejado de particularizar esto porque no pueda parecer que estando con ellos lo quisieren tractar á su ventaja, y que solamente lo han querido tocar para mostrar la afeccion que tienen de estender esta amistad no solamente entre Nos, mas entre nuestros hijos y descendientes y los del Rey de Romanos nuestro hermano. . . . .

«Finalmente habiendo estado juntos todo el dicho dia Lunes, y dormido aquella noche, y otro dia hasta despues de comer en la

tarde nos volvimos á la galera y el dicho Cristianísimo Rey, el Delfin y Duque de Orlens y el Señor de. . . . nos acompañaron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los principes y grandes y personas principales de su corte, en lo cual, demas de la buena y cordial afeccion que ha mostrado, no podia hacer de Nos mayor confianza, por donde tanto mas se puede esperar que Dios que ha querido y encaminado esta tan buena obra será servido que la cristiandad resciba beneficios, y nuestros reynos, tierras y vasallos, reposo y tranquilidad, y se evitarán los inconvenientes y daños que han sucedido de las guerras pasadas. Dareis razon á S. Santidad de lo que ha pasado en esta vista, y de la paz y buena amistad en que quedamos con el cristianísimo Rey de Francia, y de la buena voluntad que muestra para lo del turco, hablando en ese punto con destierro, de manera que no se dé ocasion de juzgar mal del Rey de Francia por causa de la tregua que tiene con el turco, que aun dura por seis ó siete meses, porque no queremos, como es razon, que por nuestra parte se publique cosa que no le esté bien, y podría ser fuera de su voluntad, y entenderéis como toman ahí esta paz y lo que sienten de ella, y avisarnos heis de todo lo que hubiere que decir.»

dos, la perdió con la abominable alianza que por vengarse de su rival hizo con el Gran Turco. El tratado de Niza fué ventajoso al rey de Francia, puesto que le dejó en posesion de los dominios que habia ganado en Saboya, y el duque de Saboya se quejaba con razon de haber sido sacrificado á la conveniencia de la reconciliacion de dos poderosos rivales, y de haber sido abandonado por quien debiera ser su protector, siendo su deudo y amigo. El papa adquirió el honroso título de pacificador, y logró ademas el engrandecimiento de su familia que se habia propuesto <sup>(1)</sup>.

Parecia que Europa debia esperar largos años de reposo de resultas de la tregua de Niza y de la célebre y afectuosa entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas. Por desgracia no fué así, y la historia nos enseñará cuán llena estuvo de contradicciones la vida y la política de aquellos dos belicosos monarcas.

(1) Consintió el emperador en casar su hija natural Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis, con el nieto del papa, Oc-

tavio Farnesio, dando á su yerno grandes honores y posesiones cuantiosas.

## CAPITULO XXI.

### SITUACION ECONOMICA DEL REINO.

#### CORTES.

De 1535 á 1539.

Gastos inmensos que ocasionaban estas guerras.—Penurias y apuro de numerario que pasaba el emperador.—Pide desde Italia recursos á los aragoneses: respuesta dilatoria de estos.—Viene á España.—Córtes de Valladolid: peticiones.—Córtes generales de la corona de Aragon.—Espone en ellas sus grandes necesidades y deudas.—Servicio que le otorgaron los tres reinos.—Rebelion y escenas del ejército de Milan por falta de pagas.—Motin de la guarnicion de la Góleta por lo mismo.—Medidas crueles contra los amotinados.—Célebres Córtes de Toledo.—Triste pintura que hace el emperador del estado de las rentas de la Corona.—Pide un servicio extraordinario: la sisa.—Niégasele el estamento de próceres.—Insistencia del monarca.—Firmeza de los grandes.—Vigoroso y enérgico discurso de oposicion del condestable de Castilla.—Lo que la nobleza pedia al rey como remedio de los males del Estado.—Disuelve el emperador bruscamente las Córtes.—Mendiga recursos á las ciudades.—Anécdota curiosa y significativa.—Diálogo entre Carlos V. y un labriego castellano.—Verdades que éste le dijo.—Espiritu y opinion del pueblo.—Muerte de la emperatriz.—Sentimiento.

La acumulacion de tan dilatados, remotos y esparcidos dominios, la dificultad de su conservacion,